

## Robert Castel, el sociólogo de los vulnerables

Cecilia Eserverri-Mayer

*Centre d'Analyses et d'Intervention Sociologique*  
*École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS)*

Durante el invierno de 2004, en un café cercano a la Place de la Bastille, Robert Castel hablaba en uno de esos *Café Politique* (en Francia declarado como asociación desde la ley de 1901) que aún se organizan en París. Yo en ese momento estaba estudiando mi doctorado y pasaba unos meses en París dedicada a analizar las “violencias urbanas” ocurridas en las *banlieues*. Vi un cartel anunciando el encuentro con el Profesor Castel en la École des Hautes Études. Supongo que eso es lo bueno de París, que aún tiene la capacidad de hechizar a quienes estudian durante unos meses en las bibliotecas de sus universidades. Quedé maravillada de que en esta ciudad existieran aún espacios de participación política a pie de calle, y donde estuvieran presentes los intelectuales.

Llegué con mi mochila colgada del hombro y la impresión de que no pintaba nada en aquel lugar. Era una sala pequeña, con sillas oscuras y luz tenue. Los participantes fueron llegando y me dio la impresión de que ellos tampoco se sentían parte de aquello. Todos estamos ahí por curiosidad. Me senté en uno de los extremos para poder observar mejor la escena.

Robert Castel llegó algo más tarde de la hora acordada y se sentó de frente al público. Ya era mayor. Cruzaba y descruzaba continuamente sus delgadas piernas y pasaba su mano por sus pobladas cejas mientras desgranaba una explicación sobre el momento que se vivía en Francia. El encuentro más que una reunión política comenzó a tomar el aspecto de una conferencia académica. El público, mudo y aislado, simplemente escuchaba al maestro. Me di cuenta de que, incluso en París, el *sentido de la colectividad* también se había agotado y que las palabras de Robert Castel se convertían en nuestro espejo y nos

golpeaban directamente a nosotros; *individuos* sentados y aislados en sillas de plástico.

Esta tendencia a la *descolectivización* o a la *reindividualización* como consecuencia del desgate de la sociedad salarial la vivimos hoy de manera mucho más cruda. Los soportes propios del trabajo se ven en peligro y más aún cuando la clase política europea opta por promover *menos Estado* para solucionar la grave crisis económica y reducir la deuda pública en los países europeos. Se apela a la responsabilidad individual y se pone de moda el emprendimiento. Y en vez de responsabilizar a los grandes bancos y corporaciones, se acusa a los más débiles de su pasividad y de su abuso de las prestaciones sociales. Creo que la obra de Robert Castel debe ser recordada siempre porque ataca a este nuevo liberalismo una y otra vez en el centro de sus contradicciones. Dice que el individuo imaginado por los neoliberales (libre, sano, responsable y emprendedor) “no es una sustancia, sino una construcción histórica” (2009:26). Estas capacidades, dice Castel, “dependen de condiciones que fueron cimentadas a lo largo de la historia de la construcción de la modernidad. Gracias a la generalización de la propiedad social (es decir, a la participación en recursos y derechos colectivos) la capacidad de existir como individuo con todas sus ventajas y derechos se hizo posible y dejó de estar reservada a una élite que podía basar su independencia en la propiedad privada” (Castel, 2001:70). Un mercado de trabajo basado en la individualización de las tareas y de las trayectorias profesionales nos hace más “libres”, pero también nos hace más inseguros. Algunos se convierten en profesionales eficaces y triunfadores, pero otros se desorientan y caen al vacío. Además, los espacios de participación política propios de la sociedad industrial dejan de funcionar y no se sustituyen por nuevos instrumentos válidos y efectivos. La distancia entre la clase política y los individuos se amplía y no contamos con medios para presionar y evitar la corrupción o la privatización de los medios colectivos. Nos encontramos pues sin voz, como en aquel café casi a oscuras.

Cogí el metro en Bastille algo desilusionada. La sociedad que me había tocado vivir, a pesar de sus injusticias, no parecía del todo necesitada de movilizaciones. Pensé pues que si de lo que se trataba era de hacer algo a nivel individual, me inspiraría en la obra de Robert Castel para hacer sociología. Y me convencí de que él tenía razón cuando señalaba que únicamente desplazándose a los lugares donde se concentran las incertidumbres (lo denominó como “las zonas grises”) se podía comenzar a comprender el presente.

A mi regreso a Madrid pasé dos años inmersa en un barrio similar a las *banlieues* francesas: un espacio periférico, golpeado por la crisis industrial y con una elevada proporción de población inmigrante. Tuve la suerte de ser aceptada en una de las asociaciones más importantes de este barrio y de poder estudiar desde dentro las trayectorias de los jóvenes de origen inmigrante una vez que habían abandonado los estudios.

Durante mis primeras indagaciones me sorprendió mucho la forma en que la realidad del barrio y de sus gentes me remitía una y otra vez a algunas definiciones de Robert Castel. Creo que el mayor don de un sociólogo es la capacidad de nombrar los fenómenos; la habilidad de describir el presente en toda su complejidad. Castel tenía ese don y además lo hacía de forma sencilla y sutil. En este sentido, el término *desafiliación* me resultó revelador. En *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat* (Fayard: 1995), Castel define la *desafiliación* como una situación de vulnerabilidad que conjuga la desvinculación con las estructuras formales de integración (el sistema educativo o el mercado de trabajo) y la fragilidad de los lazos familiares y comunitarios. Este concepto me permitió tener en cuenta los procesos (los pasos que dan los jóvenes antes de “la caída”), la captación de los matices dentro de cada una de las trayectorias estudiadas y la identificación de los recursos que poseen los individuos para salir de esta situación (Castel, 2003).

Creo que los buenos conceptos en sociología son los que rompen con los prejuicios, los que permiten a las personas mirar desde otro ángulo. La vivencia etnográfica provocó una gran transformación en mí y Robert Castel me ayudó a llevarla a cabo. Me permitió deshacerme de ese reflejo tan anclado en nuestra sociedad como es el de el mundo dividido en dos grupos: los que están dentro y los que están fuera; los jóvenes incluidos y los jóvenes excluidos y conflictivos. Esta visión reducida de la realidad estaba haciendo que perdiera una información de gran valor. Estaba ciega y sorda. La juventud que vivía en aquel barrio era mucho más compleja de lo que yo creía. En un barrio de familias vulnerables y con escasa formación, había muchos jóvenes que se situaban en una frontera difusa (entre la integración y la exclusión). Abandonaban la escuela, pero participaban en las asociaciones del barrio, eran voluntarios en las fiestas comunitarias, pero por las tardes robaban aparatos electrónicos en el centro comercial más cercano o ayudaban a los traficantes de droga a vigilar las calles. Nada era lo que parecía y lo que era realmente interesante era conocer las causas de ese comportamiento ambivalente, de ese entrar y salir de dos mundos, concebidos de forma tan distinta en otros contextos urbanos.

Por otra parte, la obra de Robert Castel me abrió los ojos respecto de la importancia de la historia en sociología. En un libro escueto que dedica a la discriminación de los jóvenes de origen inmigrante (Castel, 2007), explica que no se puede comprender la rabia de los jóvenes que queman coches y destruyen las bibliotecas de su barrio sin indagar en la cadena de acontecimientos que han marcado a las familias que viven en los barrios populares franceses, en el modo en que los hermanos mayores y pequeños han sufrido la discriminación.

Tomé pues conciencia de que la historia de las familias que fundaron los barrios obreros madrileños en los años 60 me daría la clave para entender el entorno de socialización de los jóvenes de origen inmigrante en la actualidad. Teniendo además presente que la investigación en el terreno de la inmigración corre el riesgo de tratar los fenómenos o problemas sociales que se asocian a las poblaciones inmigrantes como hechos aislados, distanciados de la historia reciente de los países de acogida, el método histórico se hacía aún más imprescindible.

En suma, indagar en el pasado de los problemas sociales y trabajar en el desarrollo de la capacidad para captar los matices y novedades de nuestra realidad presente, son dos de las lecciones más importantes que extraigo de la obra de Robert Castel y quizás las que más me motivan para seguir haciendo sociología.

#### BIBLIOGRAFÍA

*Propriété privée, propriété sociale, propriété de soi* (avec Claudine Haroche), Paris, Fayard, 2001.

*L'insécurité sociale : qu'est-ce qu'être protégé ?*, Éditions du Seuil, 2003.

*La discrimination négative*, Paris, La République des idées/Seuil, 2007.

*Les métamorphoses de la question sociale : une chronique du salariat*, [Fayard](#), Paris, 1995, réédition Folio-Gallimard, Paris, 2000

*La montée des incertitudes : travail, protections, statut de l'individu*, Paris, Éd. du Seuil, 2009.

Recibido: 2 de octubre de 2013

Aceptado: 3 de octubre de 2013

**Cecilia Eserverri-Mayer** es *Marie Curie International Fellow* en el Centre d'Analyses et d'Intervention Sociologique (École des Hautes Études en Sciences Sociales) de París y ha sido investigadora y profesora en la Universidad Complutense de Madrid. Sus investigaciones abordan los procesos de desafiliación juvenil en contextos urbanos desfavorecidos. Ha estudiado estos fenómenos en Londres y Madrid y actualmente trabaja sobre la situación de los jóvenes y sus comunidades de origen en París. Una de sus últimas publicaciones es "vivir en el suburbio. El proceso de desafiliación de los hijos de inmigrantes", Anuario de la Inmigración en España, Barcelona CIBOB. [ceciliaeerverrimayer@yahoo.es](mailto:ceciliaeerverrimayer@yahoo.es)